

## DOSSIER

### "HORIZONTES CONTEMPORÁNEOS DE LA VIOLENCIA"

Francisco Pérez y  
Miriam Jerade

*Presentación del dossier "Horizontes contemporáneos de la violencia"*

## ARTÍCULOS

Pedro Moscoso y  
Andrés Tello

*Imágenes de la violencia y el terror de la guerra: la gubernamentalidad mediática de lo ominoso*

Miriam Jerade Dana

*La guerra en Freud. Entre la hipersofisticación y una violencia arcaica*

Marc Crépon

*"Y nadie de aquí sabe quién soy". La voz de los emigrantes: Hannah Arendt, Winfried Georg Sebald, Georges Perec (Bilingüe)*  
*"Et personne ici ne sait qui je suis". La voix des emigrants: Hannah Arendt, Winfried Georg Sebald, Georges Perec (Bilingüe)*

Valeria Campos

*Eric Weil: miedo de la violencia y la promesa de la filosofía*

Petar Bojanić

*Lévinas on Justification of Violence*

## ARTÍCULOS LIBRES

Andrea Torrano y  
Natalia Lorio

*Economía de la violencia y figuras de la excepción. Soberanía y biopolítica.*

Robert Oprisko

*The Rebel as Sovereign: The Political Theology of Dignity*

Enrica Lisciani Petrini

*Hacia el sujeto impersonal*

Nadinne Canto

*El lugar de la cultura en la vía chilena al socialismo. Notas sobre el proyecto estético de la Unidad Popular*

## ENTREVISTA

Oscar Godoy

*La teoría democrática de Aristóteles (Entrevistado por Diego Sazo)*

**EL LUGAR DE LA CULTURA EN LA VÍA  
CHILENA AL SOCIALISMO.  
NOTAS SOBRE EL PROYECTO ESTÉTICO DE  
LA UNIDAD POPULAR\***

**NADINNE CANTO NOVOA\*\***  
UNIVERSIDAD DE CHILE

**RESUMEN**

El presente ensayo intenta reconstruir las líneas de fuerza y nudos conceptuales de lo que aquí denominamos el *proyecto estético de la Unidad Popular*. Se trata de sistematizar los elementos y figuras conceptuales que articulan el emblemático relato del *Hombre Nuevo*, identificando las particularidades de este régimen enunciativo desarrollado por un grupo de intelectuales de la escena local de los 60-70 que trabajan la vinculación entre “cultura” y “socialismo”, como dos ejes estructurales en torno a los cuales se proyecta un proceso simbólico que aspira a posicionarlo “popular” como nueva figura hegemónica. La hipótesis es la siguiente: la voluntad modernizadora de este régimen enunciativo nos lleva a considerar cómo a través del desarrollo de una política representacional de lo “popular” se dinamiza la reflexión en torno a lo político como relación entre identidades (relaciones de oposición, subordinación, hegemonía, etc.), tornándose visible la potencia de este régimen enunciativo como dispositivo de subjetivación. Esta reflexión del problema político como problema eminentemente representacional permite comprender –aun en clave ideológica, como producción de conciencia social–, la radical importancia dada a la cultura como horizonte de integración y formulación de una nueva unidad social.

**PALABRAS CLAVES:** Unidad Popular, cultura, subjetividad, lo popular, ideología, hegemonía.

**THE PLACE OF CULTURE IN THE CHILEAN WAY TO SOCIALISM. NOTES ABOUT  
THE AESTHETIC PROJECT OF THE UNIDAD POPULAR**

The present essay tries to reconstruct the force lines and conceptual knots of what

---

\* Artículo recibido el 23 de noviembre de 2010 y aceptado el 10 de mayo de 2012. [N.A.: Para mis abuelos Gaby Vega Zúñiga y Marcelino Novoa Lambert, por su amor y tiempo compartido].

\*\* Estudiante del programa de Doctorado en Filosofía mención Estética y Teoría del Arte, Universidad de Chile (Becaria Conicyt). E-Mail: [cantonovoa@gmail.com](mailto:cantonovoa@gmail.com)

## EN LUGAR DE LA CULTURA EN LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO

we here denominate the *aesthetic project of the Unidad Popular*<sup>1</sup>. The purpose is to systematize the elements and conceptual figures that join the emblematic narrative of the *New Man*, identifying the particularities of this enunciative system developed by a group of intellectuals of the '60s-'70s local scene that studied the relation between "culture" and "socialism" as two structural lines in which a symbolic process that places the "popular" as the new hegemonic form is thrown forth. The hypothesis is the following: the modernizing will of this enunciative system makes us consider how, through the development of "representational" or "popular" politics, the reflections on the political as a relation between identities (relations of opposition, subordination, hegemony) are reinforced, whilst making visible the subjectivizing power of this system. This consideration of the political problem as a conspicuously representational problem allows the understanding –still under the ideological code, as social conscience– of the essential importance given to culture being the horizon of integration and formulation of a new social unity.

**KEY WORDS:** Unidad Popular, Culture, Subjectivity, The Popular, Ideology, Hegemony.

### I. INTRODUCCIÓN

*"Momento importante éste en el que una sociedad prestó palabras, giros y frases, rituales de lenguaje, a la masa anónima de las gentes para que pudiesen hablar de sí mismas"*  
Michel Foucault, *La vida de los hombres infames*.

Es de fácil constatación que el socialismo a la chilena apostó firmemente por la construcción de un *Hombre Nuevo* a través de la cultura, concebida esta como un horizonte de integración indispensable para el asentamiento de una nueva forma de relación social.

La relación entre política y cultura se desarrolló según dos estrategias que dinamizaron la escena local: por un lado, desde un punto de vista discursivo, hubo un despliegue teórico a través del posicionamiento de ciertos nudos problemáticos en el campo político-intelectual de la época, que fueron reflexionados desde distintas tradiciones filosóficas ligadas al marxismo; por otro, y con el objetivo de asentar y alinear la escena intelectual de izquierda e incorporar nuevos agentes a la discusión, se levantó cierta infraestructura de orden institucional para la promoción de la cultura a través del desarrollo de un significativo número de conferencias, discusiones y publicaciones, una importante producción artística que se pensó a sí misma como potencial cognitivo, además del accionar de asociaciones populares

1 [N.A.: "Unidad Popular" or Popular Unity is the name given to the government of Salvador Allende, overthrown by the military intervention in 1973].

de agitación y propaganda que fueron configurando una escena concebida críticamente para delinear un *proyecto estético* de origen popular aplicable al contexto chileno.

Si pensamos la confinidad gestada en el Gobierno de la Unidad Popular entre el proyecto político –de raigambre partidista– y el proyecto estético –fraguado en la escena intelectual– conservando esta división tajante de los quehaceres, tendemos a desarrollar una interpretación del fenómeno de relación entre ambas esferas según una *clave ilustrativa*. Según esta comprensión, las acciones y discursos artísticos y culturales ligados a la izquierda en aquel periodo responderían a una determinada ideología o a un esquema político-partidista, que la escena intelectual y artística reproduce mediante el desarrollo de ciertas figuras de orden sensible. En este sentido, a la escena intelectual solo le resta someterse al discurso político, desarrollando desde sus lineamientos una *política representacional*.

Por el contrario, esta investigación se aboca a retratar cómo la proyección de una nueva unidad cultural no estuvo exenta de roces y disidencias, en cuyo núcleo encontramos una problematización de la relación ilustrativa entre arte y política –con mayor o menor énfasis, con disímiles resultados– que deja entrever una discusión efervescente entre el campo político y el campo cultural, en torno a lo que podemos definir como el tipo de subjetividad paradigmática para el proceso social en desarrollo: lo que se denominó, abstractamente, el *Hombre Nuevo*. Concretamente, este trabajo aspira a trazar un método de análisis a fin de comprender de modo orgánico la “política cultural” desarrollada en la Unidad Popular (en adelante UP), tratando de reconstruir el núcleo conceptual de orden identitario en torno al que se articularon las distintas problemáticas y discusiones. Lo anterior no quiere decir que se desaloje *a priori* toda manifestación particular de la relación entre cultura y política –tanto a nivel de figuras y formas como de contenidos e idearios–, sino que la apuesta es a comprender esas particularidades dentro de un horizonte teórico mayor, en el que sea posible interrogarnos sobre la envergadura del proyecto general de orden político-estético que se intentó materializar (fallida o acertadamente) en el gobierno de la Unidad Popular.

Como es sabido, esta articulación entre cultura y política estuvo determinada por un paradigma epistémico particular: el marxismo, entendido en una doble acepción. La primera, una tradición gnoseológica que desde su origen ha discurrido por diversos derroteros según el orden contingente de su aplicación, lo que ha diversificado, a su vez, las interpretaciones y desplazamientos conceptuales, formando diversas *escuelas*. Pero además de esta acepción, es posible pensar el marxismo desde

un uso social<sup>2</sup> y plantearse como sistema cognitivo que permite una relación particular entre sujeto y realidad y que, en su afán práctico, termina por *adaptar* la teoría.

En el intento por configurar nuestro objeto de estudio, adentrándonos en los conceptos y propuestas que tramaron las discusiones sobre política cultural en el periodo estudiado, no revisaremos documentos oficiales del gobierno<sup>3</sup>, sino que intentaremos rescatar algunas de las voces más importantes que, desde el panorama intelectual, trabajaron en torno al problema. Atendiendo al importante cuerpo de escritos y documentos que reflexionan sobre la relación entre cultura y política o, más localizadamente, entre cultura y socialismo publicados tanto en revistas culturales y académicas, como en ediciones individuales financiadas por los Partidos Políticos o las Universidades a través de su área de investigación y extensión, hemos recuperado tendencias dominantes<sup>4</sup>, procedentes de escenarios particulares y que dan cuenta de las diversas *territorializaciones* de la tradición marxista en el contexto local.

La primera tendencia está afiliada al Partido Comunista y comprometida con el proceso de reformulación social desde un enfoque más doctrinario. Si bien el PC chileno de aquella época se caracterizó por la convivencia entre sus filas de diversos grupos y corrientes, con militantes de distintas orientaciones y proveniencias sociales y culturales, es reconocible una línea dominante que, desde la década del cuarenta, aclimata el paradigma marxista-leninista en Chile<sup>5</sup>. Es posible inferir que la tendencia marxista-leninista fue la más extendida en el horizonte cultural de la UP, siendo posible reconocer su importancia tanto en la estructura encargada de su difusión –Juventudes Comunistas, brigadas muralistas, organizaciones de agitación y propaganda, etc.– como en la visibilidad que, tanto dentro del Partido como fuera de él, alcanzó su ideario y los intelectuales que lo pregonaron—Pablo Neruda, Volodia Teitelboim, Carlos Maldonado, entre otros—.

Sin embargo, el objetivo de examinar esta tendencia responde a su cercanía con la teoría política que se formuló *en* la experiencia de los

---

2 Esta consideración al rendimiento práctico con que fue introducida la teoría marxista en nuestro país, bebe de una investigación desarrollada por Tomás Moulián sobre el uso social del marxismo desde la década de los 50. Tomás Moulián, *El marxismo en Chile: producción y utilización* (Santiago: FLACSO, 1991).

3 Valga la consideración de que no existió en la institucionalidad de la época algún organismo específico para el área de la cultura y el arte, si bien no faltaron proyectos para su constitución.

4 Dentro de la multiplicidad de voces que conformaron el panorama de la UP se recortaron solo dos tendencias por razones muy concretas: 1) son las mejor articuladas a nivel teórico y discursivo; 2) produjeron publicaciones específicas sobre el tema, en formato libro y con tirajes superiores a los 3000 ejemplares; 3) si bien ambas utilizan un instrumental de raíz marxista, cada una toma una vertiente distinta, lo que permite visualizar las diferentes incorporaciones de esta tradición al contexto local.

5 Moulián, *El marxismo en Chile*, 25.

socialismos reales y a su modo de comprender el papel de la cultura en el proceso de revolución social, siendo Rusia el ejemplo más importante y el que nutrió de conceptos, figuras y arquetipos al proyecto chileno.

Para comprender el origen de la segunda tendencia se hace necesario aludir al proceso aglutinante que desencadena el triunfo de Salvador Allende, que va configurando una intelectualidad de izquierda de carácter plural no exenta de roces y diferencia. Por intelectualidad de izquierda debe entenderse tanto a aquellos militantes de partidos participantes del conglomerado de gobierno, como a los no militantes pero no por eso *menos marxistas ni menos intelectuales*<sup>6</sup>. Esta segunda tendencia que recortamos del panorama general estaría conformada por intelectuales identificados primordialmente con la esfera universitaria (Universidad de Chile y Universidad Católica) y su tradición académica que, agrupados en torno a Ediciones Conmorán, aspiran a participar de la configuración del proyecto político sin abandonar su actividad literaria. Esta postura, interpretable como una *doble militancia*, confía en que la incorporación de enfoques y comprensiones provenientes de diversas tradiciones de la literatura, la filosofía y el arte resultaría provechosa para la óptima reflexión y posterior implementación de una política cultural orgánica al proyecto de reformulación social de la UP. Si bien sus discursos participan abiertamente del enfoque marxista, anotan principal influencia de la teoría crítica – especialmente de los postulados de Marcuse– y el pensamiento de Sartre, ambos exponentes de un marxismo que se piensa a sí mismo en un contexto democrático y, por lo tanto, necesario de agenciar políticamente. Estos intelectuales, agrupados en torno a Ediciones Conmorán, vehicularon su orientación heterodoxa hacia una reflexión metodológica, perceptible en las constantes propuestas e interrogantes al desarrollo concreto del proyecto de la UP<sup>7</sup>, y en la voluntad de traducción de ciertos conceptos al contexto local que terminó por situarlos en interesante confrontación e intercambio con la facción del PC ligada al marxismo-leninismo.

Como es presumible, el reconocimiento de estas dos facciones fue posible gracias al análisis de un cuerpo textual definido. En el caso de la facción ligada al Partido Comunista de Chile, se trata principalmente de la publicación *La revolución chilena y los problemas de la Cultura*, de 1971. En esta compilación se recogen los documentos de la Asamblea Nacional de Trabajadores de la Cultura del PC, realizada los días 11 y 12 de Septiembre

---

6 Hernán Valdés en su texto *¿Prudencia o desorientación para formular las bases de una política cultural?* alude a la “intolerancia por un pensamiento marxista marginado de la estructura de los partidos marxistas”, dando cuenta de la distancia entre los intelectuales de orientación crítica y autónoma y los intelectuales ligados a los partidos del conglomerado. Hernán Valdés, “¿Prudencia o desorientación para formular las bases de una política cultural?”, *Cuadernos de la realidad nacional* 8, Centro de Estudios de la realidad nacional, PUC, Santiago (1971): 243-256.

7 Que van desde la creación de una Corporación de Fomento de la cultura y un Instituto del Libro y Publicaciones, hasta análisis comentados de las pugnas *políticas* dentro del campo.

del mismo año. Destacan las intervenciones de Carlos Maldonado y Volodia Teitelboim que se pliegan a las reflexiones y directrices trazadas desde el Partido<sup>8</sup> respecto al problema de la cultura en el tránsito al socialismo. Por su parte, el examen a la segunda tendencia, correspondiente al colectivo agrupado en torno a ediciones Conmorán, se apoya en el texto “Política cultural y Gobierno Popular”, aparecido en el número 8 de la Revista *Cormorán* en diciembre de 1970 y firmado por el autodenominado Taller de Escritores de la Unidad Popular<sup>9</sup>. Un segundo documento considerado para la reconstrucción del panorama discursivo es el libro *La cultura en la vía chilena al socialismo*, publicado en Diciembre de 1971 en conjunto con la Editorial Universitaria, en el que se incluyen ensayos de Enrique Lihn, Hernán Valdés, Cristián Huneeus, Carlos Ossa Coe y Mauricio Wacquez. De este compendio se ha privilegiado el ensayo de Enrique Lihn “Política y cultura en una etapa de transición al socialismo”, debido a la detallada descripción de ciertas situaciones de orden contingente que incitaron la eclosión de antagonismos a nivel conceptual o, para ser más precisos, una desavenencia en torno a los énfasis e interpretaciones dados a ciertos conceptos.

Esta escena discursiva muestra un intenso deseo de *materialización*: toda reflexión y apuesta se halla determinada por la exigencia de prácticas concretas, es decir, por la exigencia de que la teoría sirva como dispositivo para la modificación *real* del orden social. La inminencia –real o imaginaria– de la revolución interpeló a los intelectuales de izquierda, obligándolos a interrogarse sobre dos asuntos fundamentales: el primero, su posición y nivel de injerencia en la empresa reorganizativa del diagrama social; el segundo, la potencia de la que sería portadora el arte, es decir, su promesa de emancipación.

Para concluir, valgan unas últimas consideraciones respecto al objetivo y metodología que direccionan esta investigación. El retorno a este proyecto epocal y a su arquitectura discursiva aspira a ir más allá de un simple revisionismo que se satisfaga en la constatación de un interés manifiesto en la esfera intelectual por la materialización de aquel deseo colectivo de reivindicación social que, en su empresa, exigió el desborde de toda autonomía disciplinar al intentar minar –en mayor o menor medida– la jerarquía inherente a su estructura. Planteándolo en términos estrictamente

---

8 Partido en el que participaban activamente, ocupando cargos importantes como en el caso de Maldonado quien era Encargado Nacional de Cultura del Partido. Sin embargo, aún cuando ambos personajes parezcan cohabitar en mundos separados –en la institucionalidad universitaria en el caso de Lihn, y en la cúpula partidista en el caso de Maldonado–, ambos orbitaron en torno a la Universidad de Chile, específicamente a la Escuela de Bellas Artes.

9 Firmando por el Taller de Escritores de la Unidad Popular, integrado por: Alfonso Calderón, Poli Délano, Luis Domínguez, Ariel Dorfman, Jorge Edwards, Cristián Huneeus, Hernán Lavín, Enrique Lihn, Hernán Loyola, Germán Marín, Waldo Rojas, Antonio Skármeta, Federico Schopf y Hernán Valdés.

filosóficos, esta investigación aspira a replantear la articulación que se habría dado en el contexto de la UP entre lo que podríamos denominar *proyecto estético* y *proyecto político*. Ahora bien, la relación entre arte y política o entre cultura y política en este contexto, ha sido reflexionada utilizando la figura de la *subordinación*<sup>10</sup>, según la cual la esfera del arte *suspendería* el desarrollo de sus asuntos internos ante la avasalladora urgencia con que se presenta el proyecto político; esta investigación también aspira a examinar la pertinencia de esa figura a la luz de los antecedentes discursivos aquí presentados.

La metodología puesta en obra en esta investigación está determinada justamente por los objetivos planteados. La intención de presentar ambas voces –la de Maldonado y la de Lihn como representantes de las dos corrientes identificadas– y de profundizar en su antagonismo en torno a aspectos puntuales no pretende instalar una disidencia fundamental entre ellas. La apuesta es a comprender este antagonismo más allá de la diatriba intestina propia de un campo a ratos asfixiante –tal como recrean pormenorizadamente los textos consultados– situándolo, por el contrario, en un nivel teórico de primer orden. Si bien es comprensible que en un diálogo entre dos agentes que se conciben a sí mismos como *vanguardia* surjan desavenencias, lo realmente interesante es notar cómo esas desavenencias –a nivel conceptual, proyectivo y operacional– catalizan procesos reflexivos que muestran hasta qué punto la cultura es percibida como agente de subjetivación política.

## II. MODELO CULTURAL NACIONAL-POPULAR COMO PROYECTO DE REAGRUPACIÓN DE LA TOTALIDAD SOCIAL

Atendiendo a la especificidad de la articulación entre cultura y política en el proyecto de la UP, la confluencia tanto de la esfera profesional del arte proveniente de la tradición académica de enseñanza artística como de la esfera militante-partidista, se torna necesario reflexionar sobre el particular desplazamiento realizado desde la noción de arte como esfera autónoma preocupada de su constante modernización formal, hacia una noción de arte más cercana a la cultura, entendida como manifestación esencial de un pueblo. Podríamos argumentar que este desplazamiento nunca se concretó por completo, sino más bien orbitó constantemente entre ambos polos sin asentarse definitivamente en ninguno.

Para despejar lo anterior, quizá sea la concepción de “arte comprometido” o “arte militante” la que pueda darnos luces sobre la

---

10 Pablo Oyarzún. “Arte en Chile de veinte, treinta años”, *Arte, visualidad e historia* (Santiago: Editorial La Blanca montaña, 1999), 208.



singularidad con que se dio la identificación entre arte y cultura. Valga entonces, como ensayo para la resolución de lo anterior, una pregunta: ¿con qué se comprometía el “arte comprometido”? ¿Con sus procesos internos de producción o, por el contrario, con la posibilidad de una *reorganización de lo sensible*<sup>11</sup> en la que el arte se posiciona como promesa estética de una comunidad política?

Incluso en el término “trabajador de la cultura” es posible identificar un interés por obrar una nueva *división de lo sensible*, división que “fija al mismo tiempo un común repartido y unas partes exclusivas. Este reparto de partes y lugares se basa en una división de los espacios, los tiempos y las formas de actividad que determina la manera misma en que un común se presta a participación y unos y otros participan en dicha división”<sup>12</sup>. Pero la reformulación de esta división –o su progresivo anulamiento– no agotaría su despliegue en la eliminación de las jerarquías entre artista y público o entre intelectual y pueblo o en el acercamiento entre el folclore y las artes cultas, solo por citar algunos de los objetivos del proyecto. Interpretando, podemos argumentar que esta voluntad de reformulación se abocaría principalmente al desarrollo de *prácticas estéticas* (que pueden ser discursivas como las que hemos visto en los documentos reseñados o artísticas propiamente tales) que configurasen un modo singular de inscribir *sentido* en la comunidad, impugnando la naturalización de un orden social arbitrario y desigual, a la vez que delineando un nuevo modelo social que, a través de un repertorio significativo en conformidad con el proyecto popular, pudiese integrar a las masas a través de su reconocimiento en ciertas *figuras*<sup>13</sup>.

En el intento por configurar un nuevo estatuto de comunidad, tanto la esfera de la cultura como la esfera política comprometida con la UP apelaron a la necesidad de modelar una identidad capaz de posicionarse como englobante del cuerpo social. A este objetivo –fundamental para el éxito del proceso socialista– respondería el amplio desarrollo que en el periodo alcanzó *lo nacional*, entendido como una poética que se materializó de diversas formas, tanto en los discursos como en la producción cultural de la época<sup>14</sup>. El proceso de construcción de esta nueva imaginaria cultural fue precedido por una crítica orientada a dismantelar la propia tradición. En el proceso de discusión, el consenso alcanzado entre los intelectuales de izquierda apuntó a la condena del estado de dependencia económica y cultural

11 Jacques Ranciere, *La división de lo sensible. Estética y política* (Salamanca: Consorcio Salamanca, 2002).

12 *Ibid.*, 15.

13 “La liberación de nuestras posibilidades como pueblo, hasta hoy marginado, solo será posible si la comunidad se redefine, busca expresarse y se da el esfuerzo constante de crear las imágenes de sí misma que la historia reclama”. VV.AA “Política cultural y gobierno popular”, revista *Cormorán* 1 n° 8, Editorial Universitaria, Santiago (1970): 7.

14 El caso más paradigmático del intento por reconfigurar el diagrama de lo nacional, es la publicación quincenal ilustrada *Nosotros los chilenos*, que alcanzó a editar casi medio centenar de números, con tirajes de 50.000 ejemplares por número.

que caracterizaba al desarrollo institucional de Chile. Tras la aceptación de este principio de dependencia endógeno, el ánimo reconfigurador de lo nacional se distancia de cualquier intento conservacionista de aquella tradición nacional fraguada bajo “una concepción burguesa de la cultura como producto de una superestructura social, relativamente desligado del desarrollo de la sociedad en su conjunto”<sup>15</sup>. Esta precisión no solo indica el indeleble cariz marxista de estos discursos, sino que, como corolario, hace emerger en su negatividad aquel campo señero de identificación cultural que fueron las masas populares.

Aparejada a la determinación de trabajar un nuevo modelo cultural de raigambre nacional, se instala la necesidad de definir su núcleo determinante: lo “popular” se posiciona como un potente significante a la hora de acordar una *imagen* que identifique las aspiraciones de reformulación del proyecto socialista. El modelo cultural nacional-popular se posiciona, a luz de este argumento, no solo como un repertorio que permitiría subsanar la falta de expresiones locales haciéndole frente al influjo cultural europeo y norteamericano, sino que respondería a una operación más compleja: proceder como una nueva síntesis que permita vencer la fragmentación social. Ahora bien, el proceso de rearticulación de este modelo cultural –que anudado a lo “popular”, aspira volverse hegemónico– no se plantea como retorno a un estadio pretérito inicial que podría comprenderse como orgánico, sino más bien apuesta a una labor proyectiva cuyo objetivo principal sería la modulación de un sujeto unitario y racional, en otras palabras, *consciente*, capaz de asentar una nueva estructura social. La investigación que aquí desarrollamos, interpreta el particular acercamiento entre el campo de la cultura y el campo político en el proceso socialista chileno como la manifestación de una voluntad conjunta de radical transformación de la comunidad. Esa voluntad se consumaría tras poner en marcha un proyecto de *producción de subjetividad* que, según los lineamientos del contexto, implicaría tanto una labor reflexiva como una operativa. Ahora bien, para poder aplicar con propiedad la hipótesis arriba presentada, se torna imprescindible desglosar este proyecto que hemos definido como *producción de subjetividad*. Valiéndonos del método inductivo para el análisis de los documentos publicados por las dos líneas de pensamiento aludidas (la del PC y la de Ediciones Conmorán), es posible reconocer el paradigma de sujeto a producir, gracias a ciertas referencias a las *identidades políticas* que, moduladas a través de la cultura, cimentarían un nuevo estatuto de comunidad.

La pretensión de *organicidad* de las identidades políticas respecto a aquella *unidad cultural* en gestación se vuelve palpable en los discursos analizados. Sin embargo, previo a cualquier cuestionamiento respecto al tipo de identidad y a su correspondencia con una unidad particular,

<sup>15</sup> VV.AA “Política cultural y gobierno popular”, 7.

debiésemos plantear una pregunta epistémica que atañe a la formación misma de aquella *unidad* o, más precisamente, al método desplegado para su conformación. Esta pregunta metodológica aspira a definir si, para estos discursos, aquella unidad de la que hablamos sería la consumación de un desarrollo histórico trazado *a priori* y con subjetividades ya asignadas de antemano o, por el contrario, sería una unidad que necesariamente se construye en la contingencia. Estas dos maneras de plantear el proceso, y los tipos de identidades atingentes a cada sistema, será lo que analizaremos a continuación.

### III. POR UNA REINTERPRETACIÓN DE LA HISTORIA NACIONAL

*“Nuestra historia se evidencia como una dura búsqueda de expresión nacional, marcada por grandes realizaciones individuales que constituyen una tradición desde la cual todo esfuerzo renovador ha de surgir. En estas creaciones se encuentran paralelamente expresadas las condiciones del subdesarrollo y su crítica”<sup>16</sup>*

El modelo cultural nacional-popular, en su apuesta por realizar una reforma social de largo alcance, aspira a ampliar su radio de acción más allá de los problemas y temáticas propias del arte y la cultura. Se propone mediante un examen de la tradición o, más bien, de una resignificación de lo histórico oficial a través de una crítica a su organización, impugnando el marco que organiza la representación histórica. Este modelo manifiesta un marcado interés por comprender el pasado, entendiéndolo no como algo cerrado, sino como un conjunto de episodios que claman por su reinterpretación. Este interés es reconocible principalmente en dos operaciones: la primera, rescatar ciertos “valores nacionales”<sup>17</sup> que puedan hacerle frente a los valores foráneos y, la segunda, derivada a su vez de la primera, determinar el proceso de reagenciamiento de ciertos hitos históricos, que serían ahora resituados según un prisma anclado en lo “popular”.

Las dos facciones intelectuales aludidas –la del PC y la de Conmorán– concuerdan tanto sobre el doble procedimiento retrospectivo como respecto al prisma específico según el cual se encuadraría esta nueva unidad nacional, coincidiendo incluso en ciertos hitos comunes a revalorizar. Sin embargo, en esta genealogía de los *valores nacionales*, es posible reconocer una diferencia respecto a la connotación que le fue otorgada a lo “popular”: la

<sup>16</sup> *Ibidem*.

<sup>17</sup> Carlos Maldonado, “La revolución chilena y los problemas de la Cultura”, en *La revolución chilena y los problemas de la Cultura. Documentos de la Asamblea Nacional de Trabajadores de la Cultura del Partido Comunista, realizada los días 11 y 12 de septiembre* (Editorial Horizonte, Santiago, 1971), 18.

primera acepción podríamos signarla como “proletaria” y la segunda como “progresista”. Esta distinción entre ambas posiciones irá configurándose discursivamente a medida que el enfrentamiento entre los paradigmas vaya reduciendo el espacio para pensar la contingencia.

Antes de adentrarnos en los paradigmas en oposición, revisaremos algunos puntos significativos que marcaron la pauta en este proceso de reinterpretación de lo nacional. Para una óptima deconstrucción del aparato discursivo dominante en el campo cultural de la UP resulta imprescindible adentrarse en la tradición marxista, con la finalidad de distinguir y profundizar en aquellas líneas de pensamiento operativas en las discusiones nacionales. Considerando el ineludible reacomodo que conlleva la importación del paradigma marxista al contexto de la UP, proponemos un *marco teórico* que permite reflexionar sobre las condiciones de posibilidad de un *marxismo* operativo. Con esto nos referimos a aquella línea de pensamiento abocada a instalar un horizonte conceptual que permita hacer frente a los problemas prácticos que la instalación del marxismo en contextos particulares hiciera emerger. El caso chileno, con sus peculiaridades y ambivalencias, se inscribe indudablemente en esta tradición, como consecuencia del carácter *reformista* del proyecto de la UP, entendiendo que este carácter se origina en la necesidad de salir del *tronco* de la teoría y ampliar sus concepciones al tener que resolver los problemas prácticos que supone la instalación del marxismo en un contexto social particular.

Nuestro interés por esta línea del pensamiento marxista responde al hecho que para pensar el proyecto cultural de la UP en términos estrictamente teóricos (tal como intentamos hacerlo) es necesario reconocer los condicionamientos epistémicos que tramaron aquella *relectura* de lo nacional. Para estos efectos, hemos delimitado dos puntos en torno a los cuales ambas facciones se vieron enfrentadas. El primero consiste en el relego de los denominados “factores subjetivos” en relación con los “factores objetivos”, jerarquización que implícitamente supone un enfoque determinista de la economía respecto a la superestructura, y que termina por adquirir su forma más concreta en la llamada “teoría de las etapas”. El segundo punto concierne al problema de la “ideología”. Nuestra hipótesis es que este concepto se comprendió de forma distinta en cada facción, y esta diferencia habría influido en la proyección de la labor ideológica que cada grupo planteó.

**IV. EL PROBLEMA DE LA TÓPICA: DISENSO EN EL ÉNFASIS DE LOS FACTORES “OBJETIVOS” Y “SUBJETIVOS”**

Según la exposición de Maldonado (representante del PC), cualquier apuesta para construir un modelo crítico para el análisis de lo nacional debería refutar, necesariamente, la noción de *desarrollo autónomo*. Por el contrario, esta investigación propone un análisis que comprenda al caso nacional como manifestación de un fenómeno mayor y de alcance planetario: el desarrollo del capitalismo es signado como regla que determinaría transversalmente la organización social de todas las naciones, agudizando la contradicción entre clases. La relevancia adoptada por la esfera de la infraestructura por sobre la superestructura es lo que se conoció en el léxico epocal como el predominio de los factores “objetivos” por sobre los “subjetivos”. Lo anterior quiere decir que el éxito de todo proyecto socialista estaría determinado por una modificación de la estructura económica, única capaz de asegurar las transformaciones subjetivas.

En correspondencia con el paradigma marxista leninista aclimatado en Chile, el PC se plegó a la teoría de la “revolución por etapas”, concibiendo el proceso socialista como un devenir que necesariamente debía cumplir con ciertas fases determinadas, a su vez, por el desarrollo de la infraestructura. Sin embargo, esta teoría etapista tuvo en Chile dos momentos –tal como lo apunta Moulian<sup>18</sup>–, realizando movimientos acomodaticios respecto al paradigma leninista soviético. En un primer momento, desde la década del 40 hasta casi fines de los 50, la teoría etapista originó una particular teoría de la modernización<sup>19</sup>, que consideraba necesario, en el contexto chileno, el cumplimiento de ciertas tareas desarrollistas, a las que el Estado debía abocarse mediante un proceso de industrialización. En este escenario, el Partido Comunista tomó la opción de operar en el marco institucional realizando reformas gracias a una política de alianzas con los partidos de centro, concibiendo la “teoría de la modernización como precondition del socialismo”<sup>20</sup> y subordinando el proyecto socialista al proceso de modernización capitalista. Un segundo momento se inicia tras las elecciones presidenciales de 1958, en las que el candidato Salvador Allende obtiene casi un 29% de los votos. Este hito plantea la posibilidad de un gobierno de izquierda autónomo que, si bien seguiría adelante con la política de alianzas, se hallaría direccionado por la izquierda. En este nuevo escenario se produce un giro dentro de la teoría etapista, que empieza a concebir al *gobierno popular* como la primera fase de un tránsito institucional hacia el socialismo, tránsito que echa por tierra la tesis de la lucha armada<sup>21</sup>.

18 Moulian, *El marxismo en Chile*, 24.

19 *Ibidem*.

20 *Ibid.*, 25

21 *Ibid.*, 28.

En este sentido, tras un progresivo “copamiento del poder estatal”<sup>22</sup>, el gobierno popular podría dirigir la política de reformas desembarazándose de la burguesía nacional considerada incapaz de llevar a cabo el proceso de cambio a la velocidad y los niveles requeridos, papel que es reasignado a los partidos obreros<sup>23</sup>.

Este acomodo de la teoría marxista clásica al contexto nacional, envuelve dos puntos de gran importancia que caracterizan al proyecto de la UP. Por un lado, la elección de un camino pacífico de conducción progresiva al socialismo permite pasar por alto cualquier posibilidad de enfrentamiento armado a la par que instala la necesidad de enfatizar en los aspectos políticos de la lucha de clases<sup>24</sup>. Por otro, la opción por la teoría de copamiento del aparato estatal –a la que responde el plan de engrandecimiento y centralización del Estado en la UP– necesariamente exige una redefinición del concepto de Estado socialista y, sobre todo, del papel que le cabría al poder político en este proceso de tránsito institucional democrático<sup>25</sup>.

Sin embargo, todos estos acomodos del paradigma leninista-soviético en Chile, que parecían necesitar una teorización respecto al rol de la política como instancia articuladora de identidades, siguieron sustentándose en “las mismas bases de determinismo-economicista de la teoría de la modernización”<sup>26</sup>, generando el desfase entre la óptica económica y la política que tanto propició la fricción entre los diversos agentes, no solo en el campo político, sino también –como vemos en los documentos analizados adelante– del campo cultural. Lo importante para el problema que nos convoca es que el énfasis dado a los factores objetivos implica una subordinación del proyecto político a las condiciones estructurales, en el sentido en que no es la voluntad de las masas ni su estado de conciencia lo que provoca la revolución, sino que esta es posible solo gracias a la existencia de condiciones objetivas que posibiliten su puesta en marcha, condiciones que se conciben como un cierto grado de maduración de las contradicciones estructurales. Esta comprensión determinista y economicista que caracterizó al discurso leninista soviético aclimatado en Chile por el PC, utiliza la “contradicción” como principal figura epistémica, no solo a nivel económico, sino también para explicar la composición social. Para esta escuela teórica, el capitalismo, además de la contradicción inherente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, traería implícita una contradicción entre burguesía y proletariado, contradicción que también tendría su origen en la infraestructura.

---

22 Ibid., 29.

23 Ibid., 30.

24 Ibid., 29.

25 Ibid., 31.

26 Ibid., 32.

Ahora bien, la organización de las identidades de clase en torno a esta antípoda burgués-proletaria implica un determinismo económico de triple arista: primero, la identidad de clase sería ante todo una identidad esencialista y monolítica determinada por el lugar que ocupa el sujeto en la estructura económica, cuya actuación en el plano político no alteraría en nada su composición; segundo, la masa proletaria no tendría una influencia radical como sujeto histórico en el plano político (salvo a través del Partido), sino que dependería también de un futuro movimiento en la infraestructura que le permita volverse dominante; y tercero, la pluralidad social queda –a ojos de esta lectura– subsumida solo a dos facciones en oposición.

Frente a la postura “objetivista” del PC, se emplazan facciones en cuya comprensión del proceso socialista prevalecen los factores “subjetivos”. Este sería, según una de la hipótesis propuestas en la presente investigación, el caso de los intelectuales agrupados en torno a Ediciones Conmorán, quienes sitúan su análisis principalmente en el ámbito de la cultura, utilizando los conceptos y la glosa marxista, pero sin un lineamiento *ortodoxo*, es decir, no encuadrándose necesariamente en el paradigma de la teoría de la revolución. Aquello, en el contexto de la UP y de sus pugnas teóricas, no implica necesariamente –como fue recepcionado en su momento por algunos agentes<sup>27</sup>– que Conmorán superpusiera la esfera de superestructura por sobre las modificaciones de la infraestructura, sino más bien que demandaba una comprensión que superase el economicismo y el determinismo de los análisis, especialmente los del PC, que parecían restarle potencialidad al ámbito de la cultura y el arte en la tarea de transformación de la subjetividad. En este sentido, el énfasis en lo subjetivo debe comprenderse como el convencimiento de que, para alcanzar el socialismo como modo de organización, necesariamente debe alcanzarse un nivel de conciencia en el cuerpo social para que este desee y legitime ese tipo de orden. De ahí que los intelectuales cercanos a Conmorán concibieran el proceso “presocialista” como un estadio en el que es indispensable un trabajo político, principalmente a través de la cultura entendida en su amplia acepción.

Atendiendo el particular desarrollo del Gobierno de la UP, como tránsito a una “Democracia socialista”<sup>28</sup>, el discurso de Conmorán plantea con una considerable holgura doctrinaria el trayecto hacia un nuevo tipo de

27 Este debate en torno a la figura de la tópica, estuvo cruzado por acusaciones de “antimarxismo” dentro de la izquierda chilena, acusaciones que rayan en la interpretación libresca del Prefacio a la Contribución: “tenemos que ser inflexibles en la lucha contra el enemigo de clase y en la defensa de los principios revolucionarios [...]. Tan peligrosas son las desviaciones de la Derecha, el paternalismo, por ejemplo, como las infantiles impacencias de la ultraizquierda, que pretende comenzar a construir el edificio del Socialismo, por el techo”. Maldonado, “La revolución chilena”, 15. Lihn, a su vez, recoge el guante. Enrique Lihn, “Política y Cultura en una etapa de transición al Socialismo”, *La cultura en la vía chilena al socialismo* (Santiago: Conmorán, Editorial Universitaria, 1971), 16.

28 Lihn, “Política y Cultura”, 17.

organización social. Se abre así un cisma con la comprensión etapista del PC, en tanto no se subordina el *nivel* de la conciencia solamente al devenir de las transformaciones en la infraestructura, sino que se le otorga a la lucha política –indisociable de la cultura, a ojos del contexto– un alto potencial de aceleración del proceso. Esta facción, al no estar anudada a una lógica trazada *a priori* –como es la lógica etapista–, concibe el proyecto político como instancia dinámica, es decir, en constante formación y modificación, cuya condición *sine qua non* es la articulación de un consenso social, posible mediante la integración de los diversos agentes interesados en el proceso.

Aquella consideración a la pluralidad social y a la necesidad de conformación de alianzas lejos del fin instrumental, determina a su vez el modo en que son comprendidas las identidades de clase: si bien utilizan la figura de “dominantes” y “dominados”, estos intelectuales no realizan el calce con las categorías de “burgués” y “proletario”, sino que –influidos por el discurso antimperialista de Marcuse– fijan la contradicción entre el “imperialismo” al que la burguesía nacional ha acoplado sus intereses, y el “pueblo” cuyo sector más importante, pero no único, es el proletariado.

## V. INTERPRETACIONES EN TORNO AL CONCEPTO DE “IDEOLOGÍA”: ¿UN PROBLEMA DE FORMA O CONTENIDO?

El discurso de Maldonado –siguiendo los lineamientos planteados por el PC– tiende a establecer una profunda relación entre ideología y cultura, concibiendo a esta última como un espacio posible de ser saturado con *contenidos* ideológicos proletarios. No parece arbitrario vislumbrar una ligazón entre el giro hacia una comprensión “positiva”<sup>29</sup> y el énfasis que podríamos denominar “contenidista”, dado al concepto de ideología. El giro positivo respondería a la necesidad de sistematizar la crítica a la ideología burguesa mediante la conformación de una ideología proletaria, por lo que el acento se desplazaría al contenido –nocivo o positivo– de cada ideología, en detrimento de la *forma* ideológica<sup>30</sup>. Es en el campo de la superestructura donde debe librarse la lucha ideológica entre estas dos concepciones de mundo: la burguesa y la proletaria. Siguiendo esta lógica, el procedimiento de reconducción de la cultura burguesa, dotada de contenidos proletarios, implica un movimiento de apropiación de las *formas culturales*, que suprime en ellas la ideología burguesa que, entendida como sistema de pensamiento

29 Jorge Larraín, el concepto de ideología. *Volumen II. El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser* (Santiago: Editorial LOM, 2008).

30 Podríamos definir la forma ideológica a través de una cita que resume muy bien la operación: “Hay ideología siempre que un contenido particular se presenta como más que sí mismo”. Ernesto Laclau, “Muerte y resurrección de la teoría de la ideología” en *Misticismo, retórica y política* (Buenos Aires: FCE, 2008).



propio de una clase, organiza un universo simbólico e identitario particular. Lo anterior evidencia una taxativa distinción entre forma y contenido, o entre los modos de representación y lo representado, que caracterizaría la manera en que fue comprendido el problema ideológico. Esta modulación ideológica en la cultura, especialmente en la cultura de masas, respondió a la necesidad de construir una coalición o bloque, que permitiese aglutinar posiciones en torno al proyecto de la UP. De ahí que la cultura se concibiera como el horizonte privilegiado para trabajar la unidad ideológica y, por tanto, política de la clase.

Sin embargo, vemos instalarse una interrogante que cruza la aparente transparencia con que se concibe esta relación entre ideología y cultura en el discurso del PC, y que tiene relación con la procedencia de aquella unidad y la legitimidad del método puesto en obra para su conformación en la esfera de la lucha política. Respecto al primer punto, a saber, la procedencia de la unidad ideológica de la clase obrera, vale la pena recordar que el paradigma leninista emplaza su fundamento en la esfera de la infraestructura, es decir, en las relaciones de producción. La unidad estaría dada, por lo tanto, en una esfera que trasciende y determina la política, pero que, sin embargo, la necesita para el reconocimiento interno de la propia clase, de su identidad proletaria. En este sentido, la identidad obrera se concibe como preconstituída e invariable en la esfera política. No obstante, en el desarrollo de la ideología proletaria, se hace necesaria la actuación de un agente que podríamos denominar *externo* a la clase obrera, único capaz de inocular la ideología –madurada en la esfera política– en esta identidad constituida en la infraestructura, que se manifiesta de modo latente.

Para comprender el segundo punto de este problema, a saber, el método a través del cual la ideología proletaria puede *exportarse* a las masas, se hace imprescindible traer a colación la distinción realizada por Kautsky y Lenin, respecto a los dos tipos de conciencia que se empalman gracias a la dirección del Partido: se trata de la llamada conciencia “espontánea” y “socialdemócrata”, siendo la última la que le permite a la primera –característica de la clase obrera– un acceso a la conciencia, que podríamos denominar, política. Esta figura compartimentada de los tipos de conciencia, y la posibilidad de su unificación a través del Partido –especialmente en la figura del ideólogo– es reapropiada por el PC en su análisis del desarrollo de la cultura en el proyecto de la UP.

La interpretación de la conciencia ideológica (es decir, de la conciencia desarrollada por el Partido para representar los intereses de la clase obrera en la esfera política) que plantea el PC chileno en concomitancia con el paradigma leninista soviético, es instalada con tal ímpetu, que incluso identifica ciertos hitos de la historia nacional que mediante la importación de la ideología, podrán articularse a fin de conformar la tan ansiada cultura proletaria. En este sentido, el reconocimiento de la clase trabajadora se

circunscribe particularmente a los aportes de ciertos elementos culturales “democráticos y presocialistas que son los que deben desarrollarse en su calidad de embriones de la futura cultura nacional y popular”, pero que sin la labor ideológica, direccionada por el Partido, no sería posible lograr que “[...] los elementos que hasta el momento han sido, se transformen en una cultura coherente”<sup>31</sup>. Siguiendo este planteamiento, habría que interpretar aquellos elementos contribuidos por la masa como portadores de una identidad proletaria *velada*, que solo puede ser rescatada de su latencia gracias a la ideología. En este sentido, podría hablarse de un acceso *discursivo* a la identidad de la clase obrera, en tanto la ideología es concebida como un discurso autónomo que se le imprime al sujeto, que alcanza así un nivel de conciencia al que no podría acceder por sí solo.

En oposición a una comprensión *contenidista* de la ideología, podemos situar la reflexión de Enrique Lihn, quien no desarrolla el concepto con aspiraciones a sentar un precedente doctrinario ni menos despliega una reflexión teórica sobre las implicancias de este giro en la comprensión del problema de la ideología<sup>32</sup>, sino que le da una destinación y un uso más bien práctico y contextual. El énfasis contextual se manifiesta en su discurso a través de un llamado a producir un sentido local para ese concepto, sin implantar el paradigma *clásico*, es decir, el leninista-soviético, que eclipsaría un uso dinámico:

Si se admite que la ideología no es una religión, ni necesariamente una falsa conciencia como ocurre en el seno de las capas dominantes; ni, en ningún momento, una construcción monolítica que impida el desarrollo de la ideología en conformidad a las situaciones reales. Si se está de acuerdo en que, desde cierto punto de vista, una ideología “es un sistema de ideas teóricas y prácticas cuyo conjunto debe, a un tiempo, fundarse sobre la experiencia, interpretarla y superponerla en la unidad de proyecciones racionales y técnicas”<sup>33</sup>.

Como se ve, el discurso de Lihn participaría de la concepción “positiva” de la ideología, entendida no como “falsa conciencia” (como Marx) sino como portadora de un componente racional que le otorga la posibilidad de reorganizarse en pos de los objetivos prácticos que exija el devenir del proceso político. Este carácter dúctil con que Lihn concibe la ideología, enfatizando en sus posibilidades de adaptación y reconfiguración, aunado

31 Maldonado, “La revolución chilena”, 9s.

32 Este giro sería el reflexionado por Althusser, al argumentar que la ideología es principalmente un problema de *forma*, es decir, del modo en que los sujetos se representan sus condiciones materiales y la realidad, y que por lo tanto, determina su actuar. Louis Althusser, “Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado”, en *Ideología: un mapa de la cuestión*, Slavoj Žizek (comp.) (Buenos Aires: Editorial Paidós, 2005).

33 Lihn, “Política y Cultura”, 61.

con su capacidad de hacer frente a problemas prácticos, son recogidas de una definición dada por Sartre, antecedente fundamental para la facción ligada a Conmorán.

Es su acercamiento al concepto de ideología entendida como *pensamiento práctico*, lo que permite recepcionar de mejor forma el planteamiento de Lihn y su distancia respecto a la concepción leninista. No parece arbitrario deducir que la noción de ideología desarrollada por Lihn participa de una interpretación *operativa* del concepto: operativa en tanto el problema no se circunscribe al puro ámbito de las ideas, sino que implica también lineamientos para la acción, los cuales para conseguir un óptimo alcance en el proceso particular, debiesen estar determinados por un análisis contextual.

### VI. LO “POPULAR” Y LA DISPUTA POR SU AGENCIAMIENTO

Es importante recuperar en los dos discursos analizados –el de Maldonado y el de Lihn– ciertos personajes, hitos e instituciones que durante la historia del Chile republicano habrían contribuido a la lucha popular. En el discurso de Maldonado, el uso de categorías particulares delata la filiación con una tradición marxista definida. A la luz de estas categorías y de la genealogía que articula entre los diversos hitos, leídos desde una óptica de clase, Maldonado hace visible su confianza respecto a la existencia de un escenario tramado por la oposición burgués/proletario, escenario que a su vez está resguardado por un desarrollo histórico cerrado a la contingencia, que evidencia el prisma *etapista* bajo el que comprende, incluso, la articulación de elementos diversos en el campo político chileno. Según podemos interpretar en su discurso, la proletarización sería un paso inevitable, por lo que el desajuste de etapas –resuelto mediante la figura de la modernización y el copamiento estatal– no anula necesariamente su consumación, sino que instala un nuevo contexto en el que la clase obrera, a través de su dirigencia política, es decir, el Partido, se ve obligada a actuar en el territorio de masas.

En el caso de Lihn, no puede hablarse del uso de categorías clasistas propiamente tales, sino de una sostenida estrategia de ampliación del concepto de lo “popular”, que permite aglutinar voluntades de modo transversal. Esta divergencia en torno al lugar de la clase obrera en el proceso reivindicativo fue solucionada apelando a la “solidaridad” entre las diversas facciones sociales que, para el proyecto cultural chileno, no solo representaría la posibilidad de extirpar los paradigmas extranjerizantes en búsqueda de un “proceso culturalmente autónomo [y] genuinamente

chileno<sup>34</sup>, sino que, además, es concebida como la única posibilidad de llevar a cabo el proyecto de instaurar una “democracia socialista”.

Si bien es posible reconocer una discrepancia en torno al núcleo que debería determinar lo “popular”, ella se vuelve gravitante en el campo cultural tras el llamado “affaire Padilla” y la *Declaración chilena*<sup>35</sup>, dos hechos que forzaron una toma de posiciones respecto al papel que le correspondería a los intelectuales en el proceso socialista, en consideración a su origen de clase<sup>36</sup>. El progresivo acercamiento hacia posiciones teóricas más ortodoxas por parte del PC, como la de “revolución cultural”, genera una respuesta aireada de los intelectuales ligados a Cormorán, fraccionando la aparente unidad programática inicial. La crítica sostiene inauguralmente que es indispensable un análisis de contexto que determine la traducción de ciertas figuras y su aplicabilidad al proyecto chileno, pues, si bien estos intelectuales reconocen la necesidad de analizar las líneas trazadas por otros países con socialismos operativos –el caso más cercano es Cuba– y de tantear las posibilidades de su aplicación en Chile, reclaman que la anexión descontextualizada solo traerá desajuste.

La figura de la “revolución cultural” es desarrollada dentro de la tradición marxista primeramente por Lenin, pero quien le otorga un tenor particular, en parte por su aspiración más radical, es Mao Zedong. Si bien Maldonado nunca define teóricamente la figura de la revolución cultural, la describe en términos operativos y de sus líneas centrales, rescatando los elementos proclives a la propagación. Entre estos elementos, es posible distinguir la idea de una *autoregulación del pueblo*, mediante un trabajo político de masas abocado a labores ideológicas y organizativas, en las que la labor artística y cultural se encuentra circunscrita a la creación de nuevos arquetipos de raigambre obrera, campesina y militar.

La “revolución cultural” como estrategia involucra una férrea demarcación ideológica entre burguesía y proletariado. Esto se hace posible en un estadio avanzado del proceso socialista tras alcanzar cierto nivel de educación de las masas que posibilite la conformación de una intelectualidad de raigambre puramente proletaria, capaz de llevar a cabo el proceso bajo los términos de clase estipulados. Para el caso chileno, la instauración del

34 VV.AA “Política cultural y gobierno popular”, 7.

35 En esta declaración, cierta intelectualidad chilena apoya y se pliega a la acción tomada por Cuba en contra del poeta Heberto Padilla acusado, tras haber participado activamente en el proceso socialista de su país, de contrarevolucionario. Padilla terminó retractándose, al alero de la autocritica como figura exculpatoria. Tras este incidente, Cuba deja atrás la política del Frente Único y toma una posición más radical, en la línea de la Revolución cultural. Publicada en la revista *Ahora*, nº 10, el 22 de Junio de 1971, Lihn, “Política y Cultura”, 68.

36 Sobre este punto, el novelista Lisandro Otero, Consejero Cultural de la Embajada de Cuba en Chile, se expresa de la siguiente manera: “El pueblo no tiene por qué tolerar a una casta autoelegida de censores de los hechos colectivos, que se mantienen al margen del esfuerzo masivo y pretenden dialogar cómodamente, desde la vera del camino, de potencia a potencia, con quienes sudan y trabajan”. *Ibid.*, 42.

modelo de la “revolución cultural” en el proceso *presocialista*, acarrea un desajuste fundamental, avizorado y denunciado por algunos intelectuales. Esto se fundamenta en la suposición de que el posicionamiento de la masa como agente fundamental en el contexto chileno tendría su origen en una modificación de la infraestructura que posibilitaría un incremento en la capacidad de consumo de la masa –tal como lo plantea la línea del Partido Comunista– propiciando una ampliación del público<sup>37</sup> sin responder a un proceso fraguado en la superestructura. El principal inconveniente y origen del desajuste es que a este nuevo “público” (hasta cierto punto *informe*), debe primeramente garantizársele su participación en cantidad (es decir, ampliar la producción de objetos y experiencias culturales) y, además, dotar aquellas manifestaciones de *contenidos* que puedan formarlas: a lo primero respondería una reformulación en la industria cultural que permitiese una ampliación del consumo de productos culturales y, a lo segundo –y más importante bajo el prisma de los involucrados–, respondería una reorientación ideológica.

La crítica de los asociados a Conmorán descansó en este cisma entre una *figura importada* y la realidad local: la puesta en marcha de una “revolución cultural” implica un cabal grado de control sobre la institucionalidad, es decir, haber completado el proceso de amalgama entre los distintos organismos y agentes de la superestructura; ese control es ideológico. En el caso chileno, el proceso de amalgama estaba lejos de haber fraguado, situándose, más bien, en un contexto de lucha por el agenciamiento de los organismos y los actores.

Está claro que ambos discursos –el del PC y el de Conmorán– reconocen la necesidad contingente de una relación amplia entre los diversos elementos de cuño progresista, igualitarista y modernizador que, a lo largo de la historia nacional, parecen haber situado sus aspiraciones en un proyecto popular. La disposición integracionista, tanto de elementos democrático-burgueses como proletarios, provenientes de dos facciones discursivas diferentes –la de la intelectualidad burguesa, por un lado, y la de la dirección partidista, por otro– respondería, tal como se estipula en los documentos analizados, a una determinada coyuntura histórica en la que se cree posible la adhesión en masa a los postulados de la UP. Es a la luz de esta discusión que se vuelve imperativa la resolución del *tipo* específico de identidad política que actuaría como núcleo de lo “popular”, disyuntiva en la que el concepto de “hegemonía” tomaría una gravidez insospechada

---

37 “Los cambios infraestructurales incorporan a las grandes masas a los problemas nacionales, creándose así nuevas necesidades culturales tanto de calidad como de cantidad, y la satisfacción de estas nuevas necesidades contribuirá al éxito en la Batalla de la Producción, y en aquellas metas que la vida nos vaya planteando en el camino hacia el socialismo”. Maldonado, “La revolución chilena”, 6.

## VII. PRÁCTICAS DE LA “HEGEMONÍA”

Tal como hemos intentado comprobar en esta investigación, en el caso de la vía chilena al socialismo se daría una multiplicidad de antagonismos que desborda la antinomia burgués-proletaria, imposibilitada para englobar la pluralidad que caracteriza a *las masas populares*. Frente a ese contexto, ambas facciones estudiadas ensayan una estrategia basada en la hegemonía como operación fundamental. Ahora bien, ambas prácticas hegemónicas se posicionan de manera diferente, acorde al tipo de identidad que aspiran a construir mediante un aparente *rescate* del pasado, oscilando entre lo democrático y lo autoritario<sup>38</sup>.

En el caso de la facción ligada al PC, la hipótesis es que se daría una práctica autoritaria de la hegemonía, basada en lo que Laclau y Mouffe denominan “lógica de la necesidad”. Esta se caracteriza por la predominancia del criterio clasista al concentrarse solamente en las reivindicaciones del proletariado, por lo que la relación con otros grupos es establecida de modo instrumental. Esta concepción está determinada por la noción etapista y la alianza de clases.

El etapismo se caracteriza por una comprensión de la historia como un continuo de fases, remitidas a grupos específicos. Ahora bien, uno de los desarrollos teóricos que se le dio al etapismo (una reformulación que permitió no renunciar a él) es el propuesto por Lenin, quien advierte, en su estudio sobre el imperialismo, que el terreno de la política burguesa contemporánea se caracteriza por el levantamiento de la categoría de masa por sobre la de clase. Esta alteración en el flujo del etapismo, que es, a fin de cuentas, una “escisión estructural entre ‘masa’ y ‘clase’”<sup>39</sup>, se justificaría en el desarrollo desigual y combinado, muy característico de las llamadas revoluciones periféricas, como es el caso de Chile. Como es evidente, esta alteración ingresa al modelo analítico del *etapismo* como una coyuntura, pero se analiza “en términos del modelo tradicional de etapas”<sup>40</sup>, entendiéndose como un desajuste y no como una alteración que obligue a replanteárselo.

Por otro lado, la “alianza de clases”, también desarrollada por Lenin, es una operación que descansa en un tipo particular de representación: la “representación de intereses” que se da entre la clase obrera y el Partido, en la cual la “conciencia espontánea” del proletariado se subordina a la “conciencia real” socialdemócrata, única capaz de importar la ideología proletaria a la clase obrera y direccionar su lucha en el campo político. Estos dos tipos de conciencia cristalizadas en el Partido se conciben como una unidad cerrada que engloba la lucha política y la económica: en la

38 Ambas figuras pertenecen al análisis desarrollado por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004).

39 Ibid., 95.

40 Ibid., 90.

concepción monolítica, donde la identidad de la clase obrera estaría dada por la infraestructura, descansa la idea de que al Partido solo le resta *direccionar* la lucha reivindicativa en la arena política. Ya que el partido *representa* los intereses que están constituidos en un plano distinto al político, las articulaciones dadas en este campo no pueden alterar la identidad de la clase obrera y adquieren un carácter instrumental, es decir, son pensadas como acciones *necesarias* para lograr los propios intereses clasistas, constituidos *a priori*.

Sin faltar a este horizonte teórico, pero conscientes de la multiplicidad de antagonismos propios de la sociedad de masas, la práctica autoritaria implementa –según la hipótesis de Laclau y Mouffe– un “conjunto de estrategias discursivas”<sup>41</sup> cuyo carácter es singularmente *performático*, en tanto no afecta la identidad de cada facción en relación, al afirmar una “equivalencia” entre los distintos sectores populares respecto de su enfrentamiento con el polo dominante<sup>42</sup>. El problema se sitúa así no en la identidad de los elementos agrupados (identidad de la que se desprenden intereses particulares), sino en el “contexto de su aparición y presencia”<sup>43</sup>, de donde que se colige que estos elementos se caracterizan por ser sustituibles. De ahí se explica la predominancia dada a la categoría de “pueblo” en los discursos comunistas posteriores al VII Congreso de Kominter, que inaugura la época de los Frentes Populares<sup>44</sup>. La implantación de este paradigma en el caso chileno articularía las equivalencias de la siguiente forma: el polo dominante estaría compuesto principalmente por los agentes imperialistas y la burguesía chilena, plegada a sus intereses; como contraposición, el polo dominado incluiría principalmente al proletariado –considerado el agente fundamental en la recomposición socialista– pero también a las capas medias, el campesinado y sectores progresistas ligados a cierta intelectualidad de origen burgués.

La diferencia entre la práctica “autoritaria” y la “democrática” de la hegemonía se hallaría en que la primera no aspira a una recomposición de las identidades tras la relación hegemónica: según este paradigma la identidad estaría dada *a priori* y asegurada por la condición *etapista* de la historia. La segunda, en cambio, además de “aceptar tanto la diversidad estructural de las diversas relaciones en que los agentes sociales están inmersos” considera la posibilidad de que “el grado de unificación que pueda existir entre las mismas no es la expresión de una esencia común subyacente, sino el resultante de una lucha y construcción políticas”<sup>45</sup>. La

---

41 Ibid., 95.

42 Ibid., 96.

43 Ibídem.

44 “Es en las prácticas enumerativas de los Frentes Populares donde, tímidamente al comienzo, el ‘pueblo’ ese agente central en las luchas políticas del siglo XIX, vuelve a reaparecer en el campo de la discursividad marxista”. Ibid., 97.

45 Ibid., 98.

práctica democrática de la hegemonía, caracterizada por una “lógica del espontaneísmo”, no opera confiando en un método de lo literal, como sería una lógica que cree que en el proceso de representación lo único que emerge es lo representado –es decir, una operación de puro referente–, sino, según Laclau y Mouffe, en la práctica democrática se utilizaría primordialmente una lógica del símbolo, subvirtiendo todo sentido literal, debido a que se genera un “desbordamiento del contenido en comparación con su expresión”<sup>46</sup>. La relación que la práctica democrática establece con la masa no es instrumental, pues implica haber superado en cierto punto la idea de los intereses clasistas como único valor en juego; esto no significa que la clase obrera haya perdido su rol reivindicador, sino que para continuar en esa posición debe, necesariamente, “transformarse en el articulador de una multiplicidad de antagonismos y reivindicaciones que la desbordan”<sup>47</sup>. Esta multiplicidad debe, para ganar en potencia, establecer un vínculo intrínseco que le permita actuar como un bloque convencido en la potencia de la disputa para una reorientación histórica.

De este modo, las reivindicaciones dejan de estar anudadas al carácter económico, desde donde provendría –para el discurso ortodoxo– la unidad de la clase, sino que encuentran, en el ámbito de la lucha política, la posibilidad de su consumación. La predominancia dada a la lucha política implica, además, la renuncia a la concepción teleológica del movimiento de la historia, pues ¿por qué la unificación de las masas debe concebirse solo como temporal y contingente y no puede pensarse como vínculo duradero, al incorporar a las mayorías con la finalidad de volverse hegemónica?

Tras la revisión de ambas facciones en oposición en el contexto chileno podemos concluir que, en el caso del discurso del PC, encontramos un férreo diseño del tipo exacto de sujeto a construir: un sujeto clasista. Por el contrario, en el caso de Conmorán, es legible una mayor apertura respecto al tipo de subjetividad a modular, enfatizándose constantemente más el proceso de su conformación, que el resultado final. Por último, es solo en el territorio de la hegemonía, entendida como una práctica abierta a la rearticulación de las facciones –operación que necesariamente modifica los elementos en relación a fin de conformar una unidad social más allá de las alianzas instrumentales–, donde la cultura podría tener un lugar que trascendiera la simple subordinación al proyecto político, entendiendo por subordinación una división de los roles, donde lo político configura *contenidos, esencias* a representar, y la cultura y el arte solo se limitan a crear formas y modos representacionales acorde con esos contenidos.

Ya despejado lo anterior, es posible darle un último giro al problema de la ideología. Ya que ella no se concibe como simple proselitismo, cuyo objetivo fundamental sería inculcar en la base social la identidad proletaria

46 Ibid., 36, nota 5.

47 Ibid., 90.



que, debido a su carácter de inconsciencia, la base es incapaz de reconocer en sí<sup>48</sup>, la ideología se posiciona como una práctica capaz de dar forma a los intereses comunes. Estos intereses, en tanto que comunes, se configuran en la contingencia, de modo que su multiplicidad solo puede ser englobada mediante un “símbolo” que no reduzca su contenido a una unidad suturada, sino que, por el contrario, sea capaz de mantener una latencia de los diversos elementos, en constante reacomodo. Esta capacidad englobante del símbolo, de desbordamiento del significante por los significados –como apuntan Laclau y Mouffe– permite a cada facción no solo sentirse representada, sino además *salir* del campo de su propia identidad para encontrarse con otras subjetividades y, mediante un movimiento político que rompa las esferas autonomizadas, conformar una *unidad* social.

### VIII. CONSIDERACIONES FINALES

Tras la revisión de los documentos publicados durante la Unidad Popular respecto a lo que se signó en su momento como “política cultural”, es posible afirmar la existencia de una particular escena discursiva en la que se fraguó un *ensayismo social*. Más allá de su valor como *documento* histórico sobre la configuración del campo, lo que puede concluirse tras el examen de aquella escena discursiva tramada por las dos tendencias dominantes que la presente investigación ha reconstruido, es el inevitable desarrollo de un proceso de *contaminación* o *alteración* en los paradigmas de cada uno, tras el encuentro entre ambas facciones, lo que cabe resaltar. La alteración solo fue posible en tanto ambas tendencias se dedicaron a discutir posturas, exponer conceptos y ensayar figuras que permitiesen traducir –en mayor o menor medida– el léxico marxista al contexto local.

Como resultado de esta oposición entre la facción del PC, y su comprensión esencialista e instrumental, y la facción de Conmorán, con su comprensión contingente y relacional de la política, la identidad “popular” no se halló suturada, es decir, no logró asignársele un significado invariable (ya sea “proletario” o “progresista”). Planteada así la argumentación, nos vemos inducidos a pensar el asunto como un problema representacional en tanto aquella imposibilidad de sutura impugna cualquier transparencia a la hora de pensar la constitución de identidades políticas. Lo anterior permite pensar las identidades no como atadas a una esencia o idea, sino como posiciones relacionales que los sujetos toman en la arena política. Es justamente este espacio de movilidad el que posibilita nuevas construcciones de unidades ideológicas, a fin de seguir reflexionando e interviniendo en las problemáticas contemporáneas.

---

48 Siguiendo lo que hemos llamado una noción “contenidista” de la ideología.

Solo al entender el asunto como un problema representacional, es posible volver a replantear la relación entre el proyecto político y el proyecto estético en el horizonte de la Unidad Popular y concluir que existió un tipo de reflexión que trasciende por lejos cualquier subordinación entre uno y otro. Esta reflexión posiciona a la “ideología” como un problema político de representación, en tanto construye un tipo de relación particular entre sujeto y mundo. Por último, si aceptamos que no existen contenidos a ser representados en la arena política –entendidos bajo los términos de *esencias* y *apariencias*–, sino puro juego de agenciamiento y fijación, es posible aquilatar la importancia que tendría la cultura en la configuración de una unidad social, simbólica y también concreta, que permita superar el problema de la fragmentación. En la capacidad de trabajar nuevas *divisiones de lo sensible* residiría el rendimiento político del arte.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Althusser, Louis. “Ideología y Aparatos Ideológicos del estado”. En *Ideología: un mapa de la cuestión*. Compilado por Slavoj Zizek. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2005.
- Laclau, Ernesto. “Muerte y resurrección de la teoría de la ideología”. En *Misticismo, retórica y política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Larraín, Jorge. *El concepto de ideología. Volumen II. El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser*. Santiago: Editorial LOM, 2008.
- Lihn, Enrique. “Política y Cultura en una etapa de transición al Socialismo”. En *La cultura en la vía chilena al socialismo*. Santiago: Editorial Universitaria- Conmorán, 1971.
- Maldonado, Carlos. “La revolución chilena y los problemas de la Cultura”. En *La revolución chilena y los problemas de la Cultura. Documentos de la Asamblea Nacional de Trabajadores de la Cultura del Partido Comunista, realizada los días 11 y 12 de septiembre*. Santiago: Editorial Horizonte, 1971.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels. *La ideología alemana*. Buenos Aires: editorial Nuestra América, 2004.
- Tomás Moulian. *El marxismo en Chile: producción y utilización*. Santiago: FLACSO, 1991.

## EN LUGAR DE LA CULTURA EN LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO

- Oyarzún, Pablo. "Arte en Chile de veinte, treinta años". En *Arte, visualidad e historia*. Santiago: Editorial La Blanca montaña, 1999.
- Ranciere, Jacques. *La división de lo sensible. Estética y política*. Salamanca: Consorcio Salamanca, 2002.
- Richard, Nelly. *Márgenes e Instituciones. Arte en Chile desde 1973*. Santiago: Ediciones Metales Pesados, 2007.
- Valdés, Hernan. "¿Prudencia o desorientación para formular las bases de una política cultural?". En *Cuadernos de la realidad nacional* 8. Santiago: Centro de Estudios de la realidad nacional, PUC, 1971.
- VV.AA. *Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular*. Santiago, sin datos de edición, 1969.
- VV.AA. "Política cultural y gobierno popular". En *Revista Cormorán* 1, nº 8. Santiago: Editorial Universitaria, 1970.